

AVISO

Por no disponer de los correspondientes originales informáticos, la maquetación de este artículo difiere de la del publicado en papel. Por lo demás, los contenidos no han sufrido ninguna alteración.

Artículo publicado en el fascículo 1º del tomo LXV (1997) de EMERITA, pp. 41-55

Autor: Fernando Navarro Antolín

EL SUICIDIO COMO MOTIVO LITERARIO  
EN LOS ELEGÍACOS LATINOS \*

Suicide for the sake of love is a literary topic that has been widely treated by Latin elegiac poets, as it would be expected, given the close link between love and death in the elegiac genre. We can distinguish mythological *exempla* from personal suicide attempts, as well as diverse typologies of suicide for love, particularly as testimony of *fides et amor*, or as *remedium amoris acerbi*.

El objeto de estudio del presente trabajo es el suicidio, un tema sin duda triste y escabroso y que muchos juzgarán hasta morboso, pero que contrariamente a lo que pudiera parecer ha concitado desde siempre un enorme interés, como demuestra el número impresionante de estudios dedicados al tema desde fines del siglo pasado hasta la fecha (más de 7.000 títulos entre libros y artículos, según bibliografías especializadas)<sup>1</sup>.

No obstante el amplio tratamiento que ha recibido el tema, tanto centrado en otras culturas y épocas históricas como en la Antigüedad Clásica en particular<sup>2</sup>, aún queda un rincón de la Roma antigua por escudriñar: los poetas

---

\* El presente artículo se enmarca en el Proyecto de Investigación "*Corpus amatorium*" (PB94-1084 DGICYT). Una comunicación sobre este trabajo fue leída en el IX Congreso Español de Estudios Clásicos (Madrid, 27-30 Septiembre 1995), titulada "Los *taedia vitae* o el suicidio elegíaco".

<sup>1</sup> La bibliografía redactada por Norman L. Farberow (*Bibliography on Suicide Prevention*, Rockville, Md. National Institute of Mental Health, 1972) contabiliza 4.744 títulos entre los años 1897 y 1970; la anterior de Hans Rost (*Bibliographie des Selbstmords*, Augsburg, Hass. u. Grabherr, 1927) ya sumaba más de 3.800 títulos.

<sup>2</sup> Sobre el suicidio en la Antigüedad Clásica, véase K. A. Geiger, *Der Selbstmord im klassischen Altertum*, Augsburg, 1888; R. Hirzel, «Der Selbstmord», *Archiv für Religionswissenschaft* 11, 1908, pp. 75-104, 243-284, 417-476 (reimpr., *Der Selbstmord*, Bonn, 1967); Thalheim, «Selbstmord», *RE* II A.1, 1921, coll. 1134-1135; M. di Martino Fusco, «Il suicidio nelle dottrine di Cicerone», *Mouseion* 1, 1923, pp. 95-98; A. Coquelin de Lisle, «Le suicide à Rome», en *Du suicide, de l'aide et de la participation au suicide d'autrui*, Rennes, G. Vatar, 1928, pp. 23-32; M. Delcourt, «Le suicide par vengeance dans la Grèce ancienne», *RHR* 119,

elegíacos.

En una civilización tan sumamente tolerante con el suicidio como la romana – sobre todo a raíz del influjo de la doctrina estoica sobre el suicidio racional –; donde las leyes no castigan al suicida (al menos durante la República y bajo los emperadores Julio-Claudios); donde el suicidio, lejos de ser un acto reprobado, es incluso visto como el acto supremo de libertad, como un testimonio de *virtus*, esto es, de valor y de dignidad; donde no existe una concepción unitaria del suicidio, hasta el punto de no encontrarse en la lengua latina antigua un término único para referirse al atentado contra la propia vida, sino un variado ramillete de fórmulas y perífrasis, muchas de ellas «clichés», algunos estrictamente poéticos<sup>3</sup>; donde, en fin, la frecuencia harto

---

1939, pp. 154-171; G. Matzneff, «Le suicide chez les Romains», en *Le Défi*, Paris: La Table Ronde, 1959, pp. 105-143; V. D'Agostino, «Plinio il Giovane e il problema del suicidio», en *Studi sul neostoicismo: Seneca, Plinio i Giovane, Epitteto, Marco Aurelio*, Torino, 1962<sup>2</sup>, pp. 62-89; N. Tadic-Guilloteaux, «Sénèque face au suicide», *AC* 32, 1963, pp. 541-551; Th. Crane, *The Imagery of Suicide in Lucan's 'De Bello Civili'*, Diss., North Carolina, 1964; J. M. Rist, «Suicide», en *Stoic Philosophy*, Cambridge: Cambridge University Press, 1969, pp. 233-255; J. Kany, *Le suicide politique à Rome et en particulier chez Tacite*, Reims, 1970; R. Willie, «Views on Suicide and Freedom in Stoic Philosophy and some Related Contemporary Points of View», *Prudentia* 5, 1973, pp. 15-32; M. T. Griffin, «*Mors diu meditata*», en *Seneca: A Philosopher in Politics*, Oxford: Clarendon Press, 1976, pp. 367-388; J.-L. Voisin, «Le suicide d'Amata», *REL* 57, 1979, pp. 254-266; A. Wacke, «Der Selbstmord im Römischen Recht und in der Rechtswicklung», *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte-Romanist Abteilung* 97, 1980, pp. 257-280; Y. Grisé, *Le suicide dans la Rome antique*, Montréal: Bellarmin, Paris: Les Belles Lettres, 1982 (con bibliografía selecta en pp. 299-308); A. R. Rose, «Seneca and Suicide. The End of the *Hercules Furens*», *Classical Outlook* 60, 1983, pp. 109-111; Anton J. L. van Hoff, *From Autothanasia to Suicide. Self-Killing in Classical Antiquity*, London-New York, 1990.

<sup>3</sup> El término esperado *suicidium* – paralelo a los ciceronianos *parricidium* y *matricidium*, y a los postclásicos *fratricidium*, *homicidium*, *infanticidium* y *tyrannicidium* – es un vocablo ajeno al latín clásico, medieval y hasta humanístico. De hecho, su uso generalizado – suscitado en especial entre teólogos y moralistas – es relativamente reciente (s. XVIII), si bien la primera aparición se documenta ya en Sir Thomas Browne, *Religio Medici*, sect. XLIV, escrito en 1636 y publicado en 1642; cf. B. Alaimo, «*De suicidii nomine et quibusdam eius definitionibus*», *Antonianum* 31, 1956, p. 194 n. 36; A. Alvarez, *Le Dieu sauvage*, Paris: Mercure de France, 1972, p. 73; Grisé, *op. cit.*, pp. 21-28 y el útil apéndice de las pp. 291-297, un listado con los principales giros empleados por los escritores latinos para expresar la idea de suicidio; puede completarse con el artículo de J. Beltrán Serra, «Terminología para la muerte y el suicidio», *CFC(StudLat)* 4, 1993, pp. 27-37.

excepcional, por elevada, de suicidios registrados entre los siglos I a. C. y I d. C. dentro las clases dirigentes invita a pensar en una *libido moriendi* característica de la idiosincrasia romana; ante todo esto, ¿cuál es la visión que de la *mors uoluntaria* nos han dejado los poetas elegíacos latinos? ¿Cuál es su actitud ante ella? Tal es el cometido de nuestro trabajo, el suicidio en los poetas elegíacos, en especial el suicidio como motivo erótico, esto es el suicidio por amor.

El motivo del suicidio en la literatura clásica es tan antiguo como los poemas homéricos: en *Il.* XVIII 32 las esclavas temen que Aquiles se corte la garganta con la espada al enterarse de la muerte de su buen amigo Patroclo; en *Od.* X 49 Ulises, atrapado en altamar en medio de una violenta tempestad, sopesa si tirarse por la borda y morir ahogado en el ponto; en *Od.* XI 271-280 Epicasta, la madre de Edipo (Yocasta en los trágicos), al enterarse de que es con su propio hijo con quien se casó, se cuelga; en *Od.* XI 560 Áyax Telamonio, recobrada la lucidez después de haber aniquilado los rebaños de los griegos, enloquecido por haber perdido ante Ulises las armas de Aquiles, se suicida. En los trágicos griegos desempeña asimismo el suicidio un gran papel dramático como instrumento de liberación de la deshonra o del infortunio<sup>4</sup>. El suicidio como motivo literario es, pues, tan viejo como la literatura clásica misma.

En lo que se refiere al suicidio por amor, los poetas elegíacos contaban con los ilustres y variados precedentes literarios del *Idilio XXIII* de Pseudo-Teócrito (el llamado *Erastés*), el suicidio de Damón en la *Égloga VIII* de Virgilio (vv. 58-60), el de Dido abandonada por Eneas en el libro IV de la *Eneida* o el de Niso lanzándose a una muerte cierta en medio de los rútilos para vengar a su amado Euríalo en el libro IX.

Ya entre los elegíacos latinos – y como cabía esperar de la íntima ligazón entre la temática del amor y la temática de la muerte tan característica de este género – el motivo literario del suicidio por amor goza de un amplio tratamiento. Cabe distinguir entre los ejemplos mitológicos y los testimonios personales (es decir, aquellos pasajes donde el elegíaco expresa abiertamente su

<sup>4</sup> Cf. M. D. Faber, *Suicide and Greek Tragedy*, New York: Sphinx Press, 1970; Elise P. Garrison, *Groaning Tears. Ethical and Dramatic Aspects of Suicide in Greek Tragedy*, Leiden: E. J. Brill (*Mnemosyne, Supplements*, 147), 1995.

intención o deseo de suicidarse).

Entre los primeros, Ovidio y Propercio ensalzan las figuras de Laodamia, de Alcestris y de Evadne, que se sacrificaron, la primera para no sobrevivir a su esposo, la segunda para obtener la salvación de su marido a cambio de su propia vida, la última para acompañar a su bienamado esposo en la muerte<sup>5</sup>. Se trata evidentemente de *exempla* mitológicos aludidos interesadamente por los elegíacos para contraponer la *fides* de las heroínas legendarias a la *perfidia* de sus amadas. No es casualidad que Ovidio las mencione una a una y conjuntamente en una carta dirigida a su esposa Fabia desde el destierro como ejemplos de *fides* a imitar en caso de su muerte<sup>6</sup>. En esa misma línea, Propercio exalta la costumbre del suicidio entre las piadosas viudas hindúes y la opone a la conducta impía de las adúlteras esposas romanas<sup>7</sup>.

Otro grupo de heroínas, seducidas y luego abandonadas, buscaron la muerte como *remedium amoris acerbi*: Filis, Briseida, Dido, Deyanira, todas ellas celebradas por Ovidio en las *Heroides*<sup>8</sup>. En otros casos se trata de suicidios expiatorios o purificatorios para lavar una deshonra cometida o recibida: así Biblis, quien – dice Ovidio<sup>9</sup> – «ardió en un prohibido amor por su hermano y, ahorcándose, vengó valerosamente su sacrilegio»; o la incestuosa Cánace, forzada al suicidio por su padre Eolo<sup>10</sup> (buen ejemplo mitológico éste de una institución jurídica tan romana como el *liberum mortis arbitrium*, una suerte de suicidio-ejecución o suicidio impuesto por el Senado durante la República y luego, arbitrariamente, por el Emperador<sup>11</sup>); o el intento de sui-

<sup>5</sup> Prop. I 15, 21-22; II 6, 23-24; Ov. *Ars* III 17-22; *Her.* XIII 28 y 161-162.

<sup>6</sup> Ov. *Ponto* III 1, 105-112; cf. asimismo *Tr.* V 5, 53-58. En ambos *loci Ovidiani* el ejemplo de Penélope completa el catálogo mitológico de esposas ejemplares que permanecieron fieles a sus maridos.

<sup>7</sup> Prop. III 13, 15-24.

<sup>8</sup> Ov. *Her.* II 131-148 (cf. *Rem.* 591-608); III 139-148; VII 181-196; IX 145-168.

<sup>9</sup> *Ars* I 283-284.

<sup>10</sup> Ov. *Her.* XI 1 y ss.; 95 y ss. Similar suicidio sugerido por un padre a su hija (Europa) para lavar su deshonra encontramos en Hor. *Od.* III 27, 57-64.

<sup>11</sup> Sobre el *liberum mortis arbitrium*, véase Th. Mommsen, *Le droit pénal romain*, III, p. 274; A. Bayet, *Le suicide et la morale*, Paris: Alcan, 1922, pp. 277-278; J. Kany, *Le suicide politique à Rome et en particulier chez Tacite*, thèse 3<sup>e</sup> cycle, Reims, 1970, pp. 76 y ss.; Brisé, *op. cit.*, pp. 78-81 y 257.

cidio de la vestal Ilia, forzada por Marte<sup>12</sup>; o el clásico elogio al suicidio de la casta Lucrecia<sup>13</sup>. Ya en las *Metamorfosis* el poeta de Sulmona narra el doble suicidio de los amantes Píramo y Tisbe como ejemplo del poder del amor<sup>14</sup>, o el de la centaura Hilónome al ver a su amado, el centauro Cílaro, muerto en la batalla contra los lápitas<sup>15</sup>, o el ahorcamiento de Ifis desdeñado ante la puerta de la cruel Anaxárete<sup>16</sup>, o los intentos de suicidio de Cicno, Dedalión, Ésaco y Céix, que acabaron todos ellos en sus respectivas metamorfosis<sup>17</sup>.

A grandes rasgos podemos, pues, clasificar los suicidios mitológicos-elegíacos en tres amplios grupos:

- A) como testimonios de *fides et amor*. Son suicidios cometidos: a) bien para salvar a la persona amada (suicidio sacrificial u oferente: Alcestis). b) bien para acompañar o no sobrevivir a la persona amada en su muerte (suicidio-duelo: Laodamía, Evadne, las viudas hindúes, Píramo y Tisbe, la centaura Hilónome, Dedalión, Céix).
- B) como *remedia amoris acerbi*. Son suicidios perpetrados por desesperación amorosa (suicidio-evasión): Filis, Briseida, Dido, Deyanira, Ifis, Cicno.
- C) los que atañen al *pudor et castitas*. Se trata de suicidios cometidos: a) bien para expiar una impiedad cometida (suicidio expiatorio: Biblis, Cánace, Ésaco). b) bien para lavar una deshonra recibida (suicidio purificadorio: Ilia, Lucrecia)<sup>18</sup>.

<sup>12</sup> Ov. *Am.* III 6, 79-82.

<sup>13</sup> Ov. *Fasti* II 725-860. El suicidio de Lucrecia llegó a constituir todo un auténtico tema nacional; cf. Varr. *Lat.* VI 7; Cic. *Rep.* II 25; Liv. I 58, 10-12; Val. Max. VI 1, 1; [Sen.] *Oct.* 301-304; Sil. XIII 821-822; D.C. *frag.* 1-36, 26; Plut. *Pub.* 1, 3; Serv. *Aen.* VIII 646; [Aur. Vict.] *Vir.* IX 1-5; Claud. *Laus Serenae Reginae* 153-159.

<sup>14</sup> Ov. *Met.* IV 55-166.

<sup>15</sup> Ov. *Met.* XII 426-428.

<sup>16</sup> Ov. *Met.* XIV 698-761 (Antonino Liberal en *Transf.* 39 refiere una leyenda próxima, cuyos héroes son Arceofonte y Arsinoe).

<sup>17</sup> Ov. *Met.* VII 371-381; XI 332-340; 782-792; 730-731.

<sup>18</sup> Para otros suicidios de amor mitológicos, pero no elegíacos (ni tampoco documentados en *Fasti* ni *Metamorfosis*), léase el documentado elenco de A. Ruiz de Elvira, «Mito y novella», *CFC* 5 (1973) 36-44; *Mitología clásica*, Madrid: Gredos, 1984<sup>2</sup>, pp. 496-497.

Lejos del plano mitológico pero siguiendo el ejemplo de las heroínas que ellos cantan, los propios poetas elegíacos, rechazados o engañados por sus infieles amadas, también desearon en ocasiones la muerte por desesperación amorosa. El suicidio por desesperación amorosa es la modalidad más común entre los elegíacos. Así, ante las infidelidades de su amada, Ovidio invoca la muerte (*Am.* II 5, 3-4):

Nullus amor tanti est (abeas, pharetrate Cupido!)  
 ut mihi sint totiens maxima uota mori;  
*uota mori mea sunt*, cum te peccasse recordor,  
 o mihi perpetuum nata puella malum!

Cada vez que Corina le confiesa una nueva infidelidad, Ovidio desea morir y llega incluso a desear la muerte de la amada (*Am.* III 14, 37-40):

Mens abit et morior, quotiens peccasse fateris,  
 perque meos artus frigida gutta fluit.  
 Tunc amo, tunc odi frustra, quod amare necesse est;  
 tunc ego, sed tecum, *mortuus esse uelim*.

Del mismo modo, Propercio, rechazado por Cintia (*exclusus amator*), desea arrojarse desde lo alto de las rocas escarpadas o ingerir veneno (II 17, 11-14):

Quem modo felicem inuidia admirante ferebant,  
 nunc decimo admittor uix ego quoque die,  
 nec licet in triuiis sicca requiescere luna,  
 aut rimosos mittere uerba fores.  
 Nunc iacere e duro corpus iuuat, impia, saxo,  
 sumere et in nostras trita uenena manus.<sup>19</sup>

Y al igual que Ovidio, también Propercio desea arrastrar consigo a la infiel Cintia en su muerte (II 9, 49-52):

Non ob regna magis diris cecidere sub armis  
 Thebani media non sine matre duces,  
 quam, mihi si media liceat pugnare puella,  
 mortem ego non fugiam morte subire tua.

Suicidio y asesinato reaparecen juntos en otra elegía properciana, la II 8, Propercio ha perdido de nuevo a su amada, que se le ha ido con un rival, y se

<sup>19</sup> Para la alusión a múltiples formas de suicidio (por espada, por veneno, por ahorcamiento, arrojándose al mar o a un precipicio), cf. asimismo Hor. *Od.* III 27, 58-60; *Epod.* I 17, 67-70; Sen. *Phaed.* 259.

lamenta por ello a un amigo. Ya en los primeros versos asoma el deseo de morir (vv. 3-4):

Nullae sunt inimicitiae nisi amoris acerbae:  
ipsum me iugula, lenior hostis ero.

Tras lamentarse de los altibajos del amor (*rota amoris*, vv. 7-8) y reprocharle a Cintia que por ella perdió la razón (*insania amoris*, v. 13) y la libertad (*seruitium amoris*, v. 15) para recibir a cambio sólo desdenes e insultos (vv. 15-16), Propercio se reafirma en la idea del suicidio e imagina el desprecio y burla que la amada hará de su muerte (vv. 17-20). Es entonces cuando alude a Hemón de Beocia, quien se suicidó cuando Creonte condenó a muerte a Antígona, la hija de Edipo, su prometida, encerrándola en la tumba de los Labdácidas (versión de los trágicos, en especial Sófocles en su *Antígona*). El gesto heroico de Hemón predispone al poeta al suicidio y sirve además de contrapunto mitológico al comportamiento impío y poco «romántico» de Cintia tras la muerte del poeta: a éste le gustaría que Cintia, como Hemón, le siguiera en la muerte<sup>20</sup>. A falta de esto, Propercio no consentirá abandonar este mundo dejando atrás a su desdeñosa amada y formula su intención de asesinarla y suicidarse luego, llevándosela consigo (vv. 25-28):

Sed non effugies: mecum moriaris oportet;  
hoc eodem ferro stillet uterque cruor.  
Quamuis ista mihi mors est inhonesta futura:  
mors inhonesta quidem, tu moriere tamen.

Es el llamado «suicidio criminal»: el suicida, antes de atentar contra su propia vida, atenta contra la vida de otro. En su vertiente pasional, el enamorado, embargado por la frustración y la impotencia, y dominado por los ce-

<sup>20</sup> Un ejemplo de suicidio para acompañar a la persona amada en la muerte lo proporciona el mismo Propercio en II 26. El poeta imagina en sueños a Cintia ahogándose en un naufragio y no duda en arrojarse desde una alta roca (v. 19, *iamque ego conabar summo me mittere saxo*); justo entonces, despierta de la pesadilla. Aunque muchos comentaristas interpretan aquí que Propercio se arroja para rescatar a Cintia, prefiero entender – siguiendo a R. J. Baker («*Laus in amore mori: Love and Death in Propertius*», *Latomus* 29, 1970, pp. 684-688) – que salta de la roca para suicidarse y cumplir así con su ideal de amor y muerte: «I believe that what we have here is again an expression of Propertius' ideal of the reunion of lovers, in a sort of amatory immortality by virtue of the *fides* between them at the death of one or the other» (Baker, *art. cit.*, p. 684).

los, se suicida después de haber asesinado a la persona amada<sup>21</sup>.

En la elegía II 14 Propertio desata su euforia por haber disfrutado de una espléndida noche de amor, euforia que remata con ofrendas a Venus Citerea en agradecimiento por su *triumphus amoris* (vv. 1-28). Pese a la euforia, hay temor ante el futuro (metáfora del *naugium amoris*, vv. 29-30). El poeta es claro: de producirse una nueva infidelidad, preferiría antes la muerte; al parecer, el enamorado amenaza con suicidarse ante la puerta de la amada (vv. 31-32):

Quod si forte aliqua nobis mutabere culpa,  
uestibulum iaceam mortuus ante tuum!

La tradición de ahorcarse el enamorado desdeñado del travesaño de la puerta de la persona amada remonta en la literatura erótica al *Idilio XXIII* de Pseudo-Teócrito, el llamado *Erastés*. Se trata del tipo de suicidio «por venganza»<sup>22</sup>. Su finalidad es provocar remordimientos (capaces de entrañar la muerte) en la persona que se tiene por responsable del propio infortunio o arrojar al menos el oprobio sobre ella. El procedimiento tradicional entre los enamorados desdeñados imbuidos de un espíritu de venganza era precisamente colgarse del travesaño de la puerta de la persona amada<sup>23</sup>. Según las creencias mágico-religiosas antiguas, la presencia o proximidad de la persona que el suicida deseaba conmovier con su suicidio favorecía, e incluso era necesaria, para el éxito de su funesto propósito. Por otra parte, el aspecto dramático de la puesta en escena del suicidio por ahorcamiento, modo de ejecución tenido por particularmente innoble<sup>24</sup> y repugnante<sup>25</sup> por los roma

<sup>21</sup> Horacio cuenta que un tal Mario se arrojó por la ventana después de haber asesinado a Hélide, su amante (*Sat.* II 3, 276-277).

<sup>22</sup> Cf. Grisé, *op. cit.*, pp. 88-89; M. Delcourt, «Le suicide par vengeance dans la Grèce ancienne», *RHR* 119, 1939, pp. 154-171.

<sup>23</sup> Para este tipo de suicidio erótico por ahorcamiento, cf. asimismo Ov. *Her.* II (*Phyllis Demophoonti*) 141-142, *colla quoque, infidis quia se nectenda lacertis / praebuerunt, laqueis implicuisse iuuat*; *Rem.* 17-19, *cur aliquis laqueo collum nodatus amator / a trabe sublimi triste pendit onus?*; 603-604; *Met.* XIV 698-761 (*Ifis ante la puerta de Anaxárete*; cf. *Ant. Lib.*, *Transf.* 39); *Sen. Ep.* IV 4, *alius ante amicae fores laqueo pependit*; *Phaed.* 259, *laqueone uitam finiam an ferro incubem?*; *Petr. Satyr.* 94.

<sup>24</sup> El ahorcamiento parece haber sido una de las formas tradicionales de suicidio en las clases inferiores de la sociedad romana, mientras las clases elevadas preferían otros procedimientos, en especial la espada. Las mujeres de alto rango despreciaban totalmente este

nos, se revelaba como el más apropiado para aterrorizar al enemigo en cuestión y desencadenar en él el sentimiento de culpabilidad previsto<sup>26</sup>.

El suicidio pasional es también el protagonista soterrado de una de las elegías del breve ciclo lígdameo, en el libro III del *Corpus Tibullianum*. En la segunda de sus elegías, Lígdamo afirma sentirse hastiado de la vida, velada alusión a una muerte deseada, sin duda por medio del suicidio (vv. 7-8):

Nec mihi uera loqui pudor est *uitae*que fateri  
tot mala perpressae *taedia* nata meae.

---

procedimiento particularmente infamante para ellas, toda vez que la ley reservaba a las mujeres libres el castigo de la estrangulación como forma de ejecución capital; cf. Grisé, ob. cit., p. 108.

<sup>25</sup> El aspecto horrible del ahorcado, con sus miembros retorcidos, su rostro descompuesto, sus ojos desorbitados y en blanco, la mirada fija, la lengua fuera, bastaba para crear en torno a sus despojos un sentimiento de temor y espanto, como un signo de mal augurio, maléfico, demoníaco; cf. Grisé, ob. cit., pp. 141-149. Virgilio describe la muerte de la reina Amata, quien se suicidó ahorcándose, como *nodum informis leti* (*Aen.* XII 603) y Servio en su comentario como *mortis infamissimae*; cf. J.-L. Voisin, «Le suicide d'Amata», *REL* 57, 1979, pp. 254-266.

<sup>26</sup> Connotaciones de venganza tiene asimismo, en la versión de Ovidio, el suicidio de la heroína Filis, quien, abandonada por Demofonte, amenaza con precipitarse a las aguas para vengarse de su amado con estas terribles palabras: «Que las olas arrastren mi cadáver y lo arrojen a tus costas y me muestren a tus ojos privada de sepultura» (*Her.* II 135-136). Como en el caso del suicidio por ahorcamiento, el suicidio por ahogo en las aguas, bien de un río, bien del mar, inspiraba igualmente en los romanos un terror especial: al horrible aspecto del cadáver hinchado del ahogado se unía la privación de los ritos funerarios que aseguraban el reposo de alma del muerto, caso de no devolver las aguas su cadáver. Esto explica los escasos testimonios de este tipo de suicidio en las fuentes literarias (cf. Grisé, *op. cit.*, p. 113-114), así como el temor proverbial entre los romanos a los naufragios (cf. Cic. *Tusc.* I 107; Ov. *Tr.* I 2, 51-56). También el suicidio de Dido, tal como lo cuenta Virgilio (*Aen.* IV 474 ss. y especialmente vv. 662 ss., *et nostrae secum ferat omina mortis*) entraña una voluntad de venganza contra Eneas: tras pronunciar contra su amante terribles amenazas, la reina recurre a la magia y se suicida para asegurar la eficacia de su maldición. Su suicidio aparece así como un sacrificio ritual comparable al de la *devotio* militar y que obliga a los dioses a corresponder conforme a la celebre fórmula contractual base de la religión romana: *do ut des, facio ut facias*; cf. A.-M. Tupet, «Didon magicienne», *REL* 48, 1970, pp. 229-258; R. J. Edgeworth, «The Death of Dido», *CJ* 72, 1977, pp. 129-133. Igualmente, en el *Ibis*, entre los infortunios con los que amenaza a su odiado enemigo, Ovidio expresa el deseo de suicidarse a fin de atormentarlo mejor por medio de su espectro: *manu facta morte solutus ero* (v. 146)... *Stygiis erumpere nitar ab oris / et tendam gelidas ultor in ora manus* (vv. 153-154).

Este núcleo generador de la poesía (vv. 7-8) lo amplía Lígdamo, por un lado con los hechos preliminares que le abocan irremediamente a ese insoportable malestar vital o *taedia uitae*: un rival le ha arrebatado a su amada Neera (vv. 1-6); por otro, con una larga panorámica de su propio funeral, visión gozosa para el poeta, pues al menos por ese instante recupera la compañía y el afecto de su añorada Neera (vv. 9-30). La muerte no sólo se le representa a Lígdamo como la mejor vía de escape para su frustración amorosa (*remedium amoris acerbi*), sino que ante Neera opera a un tiempo como suprema declaración de amor total y eficazísimo instrumento de velada amenaza y chantaje emocional<sup>27</sup>.

La atmósfera de suicidio es clara, sobre todo si observamos que llamativamente similar a la presente elegía ligdamea es el ya aludido *Idilio XXIII* de Pseudo-Teócrito, donde un enamorado no correspondido, incapaz de soportar por más tiempo el desdén de su cruel amado, opta por suicidarse; y, como Lígdamo, el *erastés* deja instrucciones para su entierro – un entierro donde imagina aquellos gestos de dulzura y afecto por parte del efebo de los que no gozó en vida (vv. 35-45) –, así como su propio epitafio con la *causa mortis*, la cuita amorosa (vv. 46-48)<sup>28</sup>:

<sup>27</sup> Estructuralmente y a tenor de lo dicho, esta elegía se organiza en dos bloques nítidamente diferenciados por la bisagra *ergo* (v. 9): A) cruda realidad insoportable para Lígdamo (vida presente: vv. 1-8); B) fantasía fúnebre anhelada y dichosa (muerte futura: vv. 9-30); es decir, la 1ª parte describe el hastío vital (*taedia vitae*) por el *discidium* de Neera, la 2ª detalla la ceremonia fúnebre, como ya observara R. Bürger («Studien zu Lygdamus und den Sulpiciagedichten», *Hermes* 40, 1905, p. 321). La fantasía de la muerte como recurso supremo ante los males del presente no es original de Lígdamo, sino que ya otros maestros de la elegía amorosa romana, Propertio y Tibulo, habíanse imaginado en sus propias exequias rodeados de ese calor y esas muestras de cariño y atenciones por parte de sus respectivas amadas – momento dulce y dorado – de las que habían carecido por completo en vida; cf. Tib. I 1, 59-69; I 3, 5-8; Prop. I 17; I 19; II 13, 17 ss.; III 16, 23 ss. El modelo helenístico es sin duda Ps.-Theoc. XXIII. Sobre esta elegía ligdamea, así como sobre sus posibles modelos, léase el comentario *ad loc.* en F. Navarro Antolín, *Lygdami elegiarum liber. Edition and Commentary*, Leiden: E. J. Brill, 1996, pp. 147-192.

<sup>28</sup> El epitafio erótico, fijado por el epigrama helenístico, particularmente por Meleagro (cf. *AP.* V 215; XII 19; XII 74), goza de gran fortuna en la elegía latina, sobre todo en Ovidio (cf. *Her.* II 145-148; VII 195-196; *Ars* III 39-40; *Fasti* III 549-550; *Met.* IX 563), pero también en Propertio (cf. II 1, 77-78; II 13, 35-36), y encuentra amplio eco en los poetas del Renacimiento; cf. P. Laurens, *L'abeille dans l'ambre. Célébration de l'epigramme de l'époque*

Γράψον καὶ τόδε γράμμα, τὸ σοῖς τοίχοισι χαράξω·  
 ‘τοῦτον Ἔρως ἔκτεινεν. ὁδοιπόρε, μὴ παροδεύσης,  
 ἀλλὰ στὰς τόδε λέξον· ἀπηνέα εἶχεν ἑταῖρον’.

Otras llamativas reminiscencias de este idilio en el ciclo ligdameo son la alusión al agua del Olvido (Lygd. I 28 *pallida Ditis aqua* = Ps.-Theocr. XXIII 19-26a) y al *topos* de la insensibilidad (Lygd. IV 73 *nescis quid sit Amor* y 85-94 = Theocr. III 15-16 y Ps.-Theocr. XXIII 19-20).

El suicidio como testimonio de amor también tiene cabida entre los elegíacos. Bajo esta modalidad se encuadra la única alusión al suicidio que se documenta en Tibulo. Se trata de su elegía más patética, la II 4, el *locus classicus* del motivo elegíaco del *servitium amoris* (vv. 1 y ss.). Tibulo, aunque consciente de su humillación, no puede escapar a la esclavitud amorosa (vv. 51-52); como muestra de su completa sumisión, si su *auara domina* le ordenara entregarle la herencia paterna, Tibulo – colmo de depravación – gustoso se la daría (vv. 53-54); es más, con tal de recibir de ella una sonrisa amable, una mirada complaciente, sería capaz hasta de beber la copa de veneno que Némesis le ofreciera y cometer suicidio, colmo de sumisión a la par que testimonio supremo de amor (vv. 55-60)<sup>29</sup>:

Quicquid habet Circe, quicquid Medea Veneni  
 quicquid et herbarum Thesala terra gerit,  
 et quod, ubi indomitis gregibus Venus adflat amores,

*alexandrine à la fin de la Renaissance*, Paris: Les Belles Lettres, 1989, pp. 108-110.

<sup>29</sup> La crítica no es unánime sobre la alusión exacta de estos versos. Algunos críticos, como Smith (1913) o Maltby (1980), creen que lo que Tibulo quiere decir es que está dispuesto a beber cualquier clase de filtro amoroso y a renunciar así a toda oportunidad de escapar al *servitium*. Con todo, aunque puede haber una alusión a los filtros amorosos en los vv. 57-58, el *hippomanes*, como bien precisa Murgatroyd (pp. 157-158 *ad loc.*), servía asimismo para otros propósitos como causar la locura (cf. Iuv. VI 614 ss.) o, como veneno, la muerte (cf. Ov. *Med.* 38; Plin. *Nat.* XXVIII 180; Prop. IV 5, 17-18; Verg. *Ge.* III 280 ss.); y desde luego los vv. 55-56 apuntan bien lejos de la esfera amatoria: «neither Circe nor Medea was a specialist in love-magic, and *all* their *venena*, like *all* the hers of Thessaly, embrace many other kinds of magic. So most probably the idea is rather that Tibulus would not only sell his home for Nemesis but do anything at all that she might want and endure any other hardship that she might impose..., even give up his life, if only she would look kindly on him» (Murgatroyd, p. 158). Otros críticos, como Putnam (1973, p. 182), no ven claro si se tratan de filtros amorosos o venenos mortíferos. Tal vez la ambigüedad sea intencionada, conforme a la conocida expresión ‘morir de amores’.

Hippomanes cupidae stillat ab inguine equae,  
 si modo me placido uideat Nemesis mea uoltu,  
 mille alias herbas misceat illa, bibam.

También Propercio, en II 24B, al comparar los sacrificios que por amor sería él capaz de arrostrar frente a la cobardía manifiesta de su rival en amores, menciona junto a los trabajos hercúleos y las arriesgadas empresas maríneas ... ¡el suicidio por envenenamiento! (vv. 23-30)<sup>30</sup>:

Contendat mecum ingenio, contendat et arte,  
 in primis una discat amare domo:  
 si libitum tibi erit, Lernaean pugnet ad hydras  
 et tibi ab Hesperio mala dracone ferat,  
*taetra uenena libens et naufragus ebibat undas,*  
 et numquam pro te deneget esse miser:  
 (quos utinam in nobis, uita, experiare labores!)  
 iam tibi de timidis iste proteruus erit,  
 qui nunc se in tumidum iactando uenit honorem:  
 discidium uobis proximus annus erit.  
 At me non aetas mutabit tota Sibyllae,  
 non labor Alcidae, non *niger ille dies*.

Por otra parte, Ovidio, con certeza el más osado innovador entre los poetas latino en materia de lengua poética, acuña la feliz juntura *taedia uitae*, empleada con mucha frecuencia como eufemismo literario en conexión con la idea de la muerte y el suicidio. Así, Mirra, cansada de huir de su padre Cíniras, descubierto ya su incesto, eleva plegarias a los dioses *inter mortisque metus et taedia uitae*, «entre el miedo a morir y el hastío de vivir» (Ov. *Met.* X 482, con Bömer 482). Atalanta hace el siguiente comentario irónico sobre un Hipómenes empeñado en competir con ella, lo que la heroína considera un suicidio, pues el precio de la derrota «segura» es la vida (*Met.* X 624-625): *Viderit! Intereat, quoniam tot caede procorum / admonitus non est agiturque in taedia uitae* («¡Allá él! Que muera, pues no ha escarmentado / con la muerte de tantos pretendientes y marcha al suicidio»).

En el Ovidio pesimista y abatido del destierro no es difícil encontrar claras alusiones a los *taedia uitae* y al suicidio<sup>31</sup>. En una epístola dirigida a M.

<sup>30</sup> Para otras alusiones propercianas al veneno como prueba de amor, cf. Prop. I 5, 6; II 1, 51; II 34, 13.

<sup>31</sup> Ya de entrada, el título mismo de su primera obra del exilio, *Tristia*, sugiere claras

Valerio Cota Máximo, Ovidio evoca el perfil de su buen amigo Celso, recién fallecido, y recuerda sus palabras de ánimo y consuelo, cuyo efecto balsámico disipaban sus ganas de suicidarse (*Ponto* I 9, 31): *haec mihi uerba* (scil. *solacia Celsi*) *malae minuerunt taedia uitae* (= 'ganas de suicidarme'). La atmósfera de suicidio quedó patente pocos versos antes (vv. 21-22): *o quotiens vitae custos inuisus amarae / continuit* (scil. *Celsus*) *promptas in mea fata manus!*. En su elegía autobiográfica (*Tr.* IV 10), tras narrar las penalidades y vejaciones del destierro, Ovidio confiesa que sólo el refugio y consuelo de su poesía le hacen desechar la idea del suicidio: *ergo quod uiuo durisque laboribus obsto, / nec me sollicitae taedia lucis habent, / gratia, Musa, tibi, tu medicina uenis* (*Tr.* IV 10, 115-118). Repárese en la variante eminentemente poética *taedia lucis* (= *taedia uitae*).

No acaban aquí las alusiones ovidianas al suicidio. Con intenciones bien distintas, pero igualmente envueltas en la amargura del destierro, Ovidio llega a aludir hasta tres veces a la *optata mors* en su poema más corrosivo, la elegía *Ibis*. Encolerizado, el desterrado de Tomi promete a su enemigo no cejar jamás en su odio (vv. 30-66), que le fustigará incluso más allá de la muerte: sea cual fuere su forma de morir, e incluye el suicidio (v. 146, *siue manu facta morte solutus ero*), el espectro de Ovidio seguirá atormentándole en sueños (vv. 155-156). Entre los terribles infortunios que el sulmonés le desea a Ibis, por dos veces menciona el suicidio, o por mejor decir, las ganas de suicidarse provocadas por un estado de desesperación como el que impulsó a Anfión a quitarse la vida, muertos todos sus hijos e hijas por culpa de la soberbia Níobe (vv. 583-584): *Addidit ut fidicen miseris sua funera natis, / sic tibi sint uitae taedia iusta tuae*. Pero hay más; en otro pasaje Ovidio demuestra ser un enemigo terrible y de una crueldad retorcida: desea para Ibis

---

connotaciones fúnebres. Como escribe Y. Bouynot, «le thème de la mort affleure ... à chaque page. Il imprègne la poésie d'une teinte funèbre qui constitue comme un arrière-plan permanent» (*La Poésie d'Ovide dans les oeuvres de l'exil*, thèse, Paris-Sorbonne, 1957, p. 188). Ovidio mismo dice ver en todas partes el fantasma de la muerte: *quocumque aspexi nihil est nisi mortis imago* (*Tr.* I 11, 23). Para la atmósfera fúnebre de los *Tristia*, véase A. Videau-Delibes, *Les 'Tristes' d'Ovide et l'épigramme romaine. Une poétique de la rupture*, Paris: Klincksieck 1991, capítulo III: «La vie dans la mort», pp. 333-364; para el tema de la ecuación *exilium* = *exitium* en el Ovidio del destierro, véase B. R. Nagle, *The Poetics of Exile, Program and Polemic in the Tristia and Epistulae ex Ponto of Ovid*, Coll. Latomus 170, Bruxelles 1980, pp. 23 y ss.; A. Videau-Delibes, *op. cit.*, pp. 356-364.

tan grandes males que arda en ganas de suicidarse, pero con la sutileza de que no halle jamás los medios para cometer el suicidio y así muera tras larga y atormentada agonía (vv. 123-128):

Causaque non desit, desit tibi copia mortis;  
optatam fugiat uita coacta necem  
luctatusque diu cruciatus deserat artus  
spiritus et longa torqueat ante mora.

Con todo, con ser Ovidio el acuñador de la juntura *taedia uitae*, es Lígdamo (II 7-8 *sup. cit.*) el primero en vincular claramente los *taedia uitae* a un contexto erótico, como insoportable malestar vital, derivado de un repudio amoroso, que aboca al suicidio)<sup>32</sup>.

Por otra parte, y para comprender mejor su alcance, cabe reseñar que el motivo del *taedium uitae*<sup>33</sup> desempeña igualmente en las inscripciones sepul

<sup>32</sup> Para la fortuna literaria de la juntura *taedia uitae*, cf. asimismo *Nux* 159, *cum longae uenerunt taedia uitae*; *Stat. Theb.* VII 464, *taedia uitae*; igualmente documentada en prosa (en singular), v. gr. *Plin. Nat.* VII 186, *L. Domitius ... Corfinii captus ab ... Caesare, ueneno poto propter taedium uitae*; *Sen. Suas.* VI 17, *taedium ... eum et fugae et uitae cepit*; *Sen. Ep.* XXIV 22, *Epicurus ... ait: 'ridiculum est currere ad mortem taedio uitae ...'* (cf. *libido moriendi* en v. 25; *fastidium uitae* en v. 26); *Tac. Ann.* VI 31, 2, *ad taedium uitae compulsam* (scil. *Agrippinam*); *Spart. Hadr.* 24, *ultimo uitae taedio iam affectus* (scil. *Hadrianus*); F. Navarro Antolín, *Lygdami elegiarum liber. Edition and Commentary*, Leiden: E. J. Brill, 1996, pp. 157-158 (*ad Lygd. II 7-8 taedia ... uitae*). La juntura verbal, en cambio, es más antigua y se documenta ya en Cicerón; cf. *Cic. Att.* II 24, 4, *sed prorsus uitae taedet*; V 16, 2, *taedet omnino eos uitae*; cf. asimismo *Luc. Civ.* V 739-740 (Pompeyo a Cornelia), *ille gemes 'non nunc uita mihi dulcior', inquit / 'cum taedet uitae, laeto sed tempore, coniunx'*. Según estadísticas de F. Bömer (457 *ad Ov. Met.* IX 616-617, *taedia capio [= me taedet]*), Ovidio prefiere *taedia*, a menudo con perífrasis, – 18 veces (+ *Nux* 159) – frente a la expresión verbal *taedet* (sólo en *Ars* II 325); en otros autores la proporción no es tan significativa: *Verg.* I (*Ge.* IV 332):3 (en *Aen.*); *Hor.* 1:0; *Tib.* 1 (I 4, 15-16):1; *Prop.* 1:0.

<sup>33</sup> Frente al hastío vital que embarga a Ovidio, un sentimiento íntimo nacido de una experiencia muy personal, el exilio, tanto Lucrecio como el filósofo Séneca hablan de una cierta atmósfera general de *taedium uitae* que en sus respectivos tiempos invitaba a los romanos al suicidio, un mismo fastidio y desazón vital pero de origen bien dispar: fruto de los horrores y trastornos de las guerras civiles que asolaron Italia en los últimos tiempos de la República, este mal del siglo, *conuicium saeculi*, como lo llama Séneca el Viejo (*Contr.* 2 praef. 2), encuentra un nuevo caldo de cultivo en la insatisfacción y el enervamiento nacidos del lujo y ocio de la *Pax Augusta* en los comienzos del Principado; cf. *Lucr.* III 1053-1070; *Sen. Ep.* XXIV 22 y 25-26; LXXVII 6; *Tranq.* II 7 ss. Con todo, pese a estas noticias que

crales un papel importante en conexión con la *optata mors*<sup>34</sup>; asimismo, su presencia se documenta profusamente en el ámbito jurídico<sup>35</sup>.

Por último, no quisiera dar por concluido este trabajo sin aludir a las huellas que una variante muy romántica y hermosa de suicidio ha dejado en algunos de nuestros elegíacos. Se trata del suicidio de Alceste. Como es sabido, esta heroína, modelo de amor conyugal, consintió en morir en lugar de su esposo. Este motivo del regalo de la propia vida o de parte de los propios años de vida al ser amado se documenta muchas veces en la literatura latina, sobre todo en epicedios, epigramas funerarios y *consolationes*, y del ámbito

---

apuntan a la posible existencia de una *libido moriendi* que impregnaba el sentir general de una época de cambios, la mayoría de los casos de suicidio citados por los autores antiguos responden más bien a un deseo de sustrarse a un drama personal tan angustioso que paraliza las ganas de vivir, más que al hastío de la vida misma; cf. v. gr. Gell. VI 18; Val.-Max. II 7, 9; Tac. *Ann.* IV 18, 3; VI 31, 2; XII 39, 5; XIV 59, 1; Suet. *Tib.* 49; *Vit.* 14; *Cat.* 23; Plin. *Nat.* XX 199; Plin. *Ep.* III 7, 1-2; Spart. *Hadr.* 24; cf. Grisé, *op. cit.*, pp. 69-73.

<sup>34</sup> Cf. v. gr. CLE 1430.3 (= ICUR VII 19742; ILCV 4753), *tu senium et fessae fouisti taedia uitae* (inscripción funeraria cristiana, hallada en Roma, posterior al s. IV). Sobre el particular, cf. B. Lier, «Topica carminum sepulcralium Latinorum I», *Philologus* 62, 1903, p. 464; Thompson, 'Taedium uitae' in *Roman Sepulcral Inscriptions*, Diss. St. Louis 1911; E. Lissberger, *Das Fortleben der römischen Elegiker in der 'Carmina Latina Epigraphica'*, Diss. Tübingen, 1934, p. 96; A. Lattimore, *Themes in Greek and Latin Epitaphs*, Urbana, 1942, pp. 205-210 (§ 56). Sin embargo, excepto CIL VI, el uso de la juntura es comparativamente raro.

<sup>35</sup> La juntura *taedium uitae*, en singular, se documenta bastante bien en los juriconsultos romanos, donde este 'hastío vital' -en realidad un eufemismo que encubre causas de suicidio muy diversas- es el resultado de toda suerte de situaciones penosas (enfermedad, dolor causado por la pérdida de un ser querido, pobreza, miedo, locura, etc.); cf. *Dig.* 3.2.2.3, *non solent autem lugeri ... qui manus sibi intulerunt, non taedio uitae ...*; *ibid.* 28.3.6.7, *quod si quis taedio uitae... mortem sibi consciuerit ... ut testamenta eorum ualeant*; *ibid.*, 48.21.3.4, *si quis autem taedio uitae ... uitam finierit successorum habere*; *ibid.* 29.5.1.23, *si quis ... sed taedio uitae eius testamentum aperiri et recitari mortis casus non impedit*; *ibid.* 48.21.3.6, *nam omnimodo puniendus est nisi taedio uitae ... hoc facere*; *ibid.* 49.14.45.2 (Paul. *Sent.* 5.12.1), *quod si id taedio uitae ... admisit non inquietabuntur*; *Codex Iustinianus* 9.50.1, *si ... taedio uitae ... uitam finisse constiterit bona eorum tam ex testamento quam ab intestato ad successores pertinebunt*. Tal vez la originalidad de Ovidio consistió no en inventar la juntura, sino en introducir en la lengua poética un tecnicismo eufemístico de la lengua judicial, si entendemos que el *Digesto* refleja unos usos lingüísticos muy anteriores a su fecha de redacción, algo nada extraño en el periclitado *sermo forensis*. El plural ovidiano *taedia* queda explicado *metri causa*.

originario del amor conyugal el *topos* se extiende a otras esferas del afecto, esto es, al amor fraternal, filial y al afecto entre amigos.

En el ámbito erótico, que es el que nos ocupa, el *topos* aparece por primera vez testimoniado en la *Asinaria* de Plauto: Argirippo y Filenia, dos jóvenes enamorados, van a ser separados y el joven amenaza con suicidarse. La muchacha afirma que Argirippo de este modo quiere hacerla morir, pero el enamorado sostiene que está dispuesto a dar la vida por ella y a regalarle parte de su existencia para prolongar la de la amada (vv. 60-61):

... quam si intellegam deficere uita, iam ipse  
uitam meam tibi largiar et de mea ad tuam addam.

En el diálogo entre Horacio y Lidia de la *Oda* III 9, los antiguos enamorados se jactan de sus nuevos amores en tono de bravata. Horacio se vanagloria del amor de la tracia Cloe, por la que afirma que no temería morir, con tal que los dioses permitan a cambio que aquella le sobreviva (vv. 11-12):

Pro qua non metuam mori,  
si parcent animae fata superstiti.

A continuación, Lidia se jacta de su nuevo amor, Calais, y como es obligado en un canto «amebeo», donde el segundo interlocutor debe encarecer los términos del primero, afirma rotunda que por Calais estaría dispuesta a morir ... ¡dos veces!, con tal que aquél le sobreviva (vv. 15-16):

Pro quo bis patiar mori,  
si parcent puero fata superstiti.

El mito de Alcestris – el regalo de la vida o parte de la propia vida a la persona amada – cristalizó en un dicho popular (cf. Sen. *Brev.* 8.4, *dicere solent eis, quos ualdissime diligunt, paratos se partem annorum suorum dare*), de gran aceptación en el ámbito de las inscripciones funerarias. Ejemplo conspicuo de la supervivencia del mito son las poesías esculpidas, en latín y en griego<sup>36</sup>, en el mausoleo de Attilia Pomptilla (época de Adriano) para re

<sup>36</sup> Cf. sobre todo *CLE* 1551a.1-2, *languentem tristis dum flet Pomptilla maritum / uouit pro uita coniugis ipsa mori*; 1551c.3-4, *et prior ad Lethen cum sit Pomptilla recepta / tempore tu' dixit uiue, Phillipe, meo'*; W. Peek, *Griechische Vers-Inschriften*, Bd. I, *Grab-Epigramme*, Berlin 1995, n° 2005; A. Lattimore, *Themes in Greek and Latin Epitaphs*, Urbana 1942, p. 205; L. Friedländer, *La sociedad romana. Historia de las costumbres en Roma, desde Augusto hasta los Antoninos*, México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica 1982 (= 1947), p. 318 (= *Moeurs romaines du règne d'Auguste à la fin des Antonins*, v. I,

cordar su heroico gesto: un tal Casio Filipo había sido desterrado a Cerdeña, a donde le siguió su mujer Attilia Pomptilla; el marido enfermó y la mujer hizo votos de quitarse la vida si se salvaba la de su esposo; el marido sanó y ella efectivamente murió, por lo que fue considerada una nueva Alcestris<sup>37</sup>.

Reflejos deformados del mito eurípideo encontramos asimismo en los elegíacos. En el epicedio o apología de Cornelia, la *regina elegiarum* como la llamó J. J. Escalígero (1540-1609), Propercio pone en boca de la *matrona uniuira* estas hermosas palabras (IV 11, 95):

Quod mihi detractum est, uestros accedat ad annos.

La difunta, dirigiéndose a su marido y a sus hijos, formula el deseo de que aquella parte de la vida que le ha sido arrebatada, se añada a los años de vida de sus seres queridos, de suerte que cuando el padre llegue a anciano reciba de sus hijos el apoyo y afecto que ahora le falta por causa de la pérdida de la esposa.

Una nueva y original formulación recibe el *topos* en un pasaje de Ovidio (*Tr.* V 5, 22-25):

Viuat ametque uirum, quoniam sic cogitur, absens  
consumatque annos, sed diuturna, suos  
adicerem et nostros, sed ne contagia fati  
corrumpant timeo, quos agit ipsa, mei.

Ovidio, «muerto viviente» en la amargura de su inacabable exilio, escribe a su mujer Fabia esta epístola con motivo de su cumpleaños, le desea una larga vida y se muestra dispuesto a cederle los años que le restan de la suya propia, de no ser porque éstos son amargos y amargarían los de Fabia. Así, el sacrificio de cederle parte de su existencia podría resultar más que un regalo, un daño<sup>38</sup>.

Paris: C. Reinwald, 1865-1874, p. 406); Grisé, *op. cit.*, p. 87.

<sup>37</sup> Otro interesante ejemplo en *CLE* 995B Buecheler; cf. la versión griega en W. Peek, *Griechische Vers-Inschriften*, Bd. I, *Grab-Epigramme*, Berlin 1995, n° 2008.

<sup>38</sup> El *topos* vuelve a documentarse en Stat. *Silv.* V 1, 177-178, *pars animae uictura meae, cui linquere possim / o utinam, quos dura mihi rapit Atropos annos*. Priscila, moribunda, se dirige a su marido y le manifiesta su pesar por no poderle donar los años que la Parca le sustrae. Sobre este *topos* del *sermo eroticus* y sus manifestaciones en otros ámbitos del afecto (fraternal, filial, entre amigos), cf. G. Danesi Marioni, «Il dono della vita alla personas amata: sviluppi del motivo nella letteratura latina», *Prometheus* 19, 1993, pp. 211-

Hemos visto, pues, que el motivo del suicidio desempeña entre los elegíacos un papel nada despreciable, pudiendo presentarse bajo muy diversas tipologías, y cómo el suicidio por amor ofrece dos caras bien dispares: una positiva, cuando el suicidio es un testimonio de *fides et amor*, y otra negativa, cuando se trata del único medio de evasión de una situación amorosa desesperada, como *remedium amoris acerbi*. Y justamente para evitar el suicidio entre los enamorados desgraciados afirma Ovidio haber escrito sus *Remedia amoris* (vv. 15-19):

Pero si alguien sobrelleva mal el imperio de una mujer indigna,  
que pruebe el auxilio de mi enseñanza para que no sucumba.  
¿Por qué hubo un amante que, anudándose un lazo al cuello,  
se colgó, fardo funesto, de lo alto de una viga?  
¿Por qué otro traspasó su pecho con la dura espada?.

FERNANDO NAVARRO ANTOLÍN